

Quinientos aniversario de Carlos V

La celebración del quinientos aniversario del nacimiento del Emperador Carlos y ha suscitado controversias y desencuentros entre los organismos promotores de los actos conmemorativos en el ámbito nacional, y las entidades culturales y autonómicas extremeñas, que se han sentido marginadas de una efeméride que, según sus propios sentimientos, les afectan de manera sustancial y directa.

Por alguna razón afectiva de especial relieve, Extremadura se ha identificado más con la figura histórica de Carlos V y con la secuencia que le liga a Yuste en los últimos años de su existencia, que a otros monarcas o a otros pasajes, que, a nuestro modo de ver, tuvieron también un especial significado para esta región y provincia.

Los extremeños no solemos conceder tanta distinción a Fernando el Católico, que mostró igualmente una destacada preferencia por Guadalupe, —en donde se haría construir una Real Hospedería—, y que moriría también en una localidad cacereña; ya que su figura quedaría eclipsada ante la fidelidad castellana por la absorbente presencia de su esposa, la Reina Católica, que cosechó en su favor todas las admiraciones de los extremeños de entonces y de ahora.

Tampoco apreciamos en igual medida a reyes como Alfonso XI, que tanta afición hubo por nuestra tierra y por sus advocaciones marianas; ni por Enrique IV, el denostado e injustamente descalificado rey de Castilla, el único que aún permanece inhumado en suelo extremeño.

Quizá sea el carisma personal que siempre desprendió el Emperador de la Cristiandad el que le hace superar a sus competidores en el afecto y

consideración de nuestras gentes. Incluso frente a su propio hijo, Felipe II, que sin duda visitó Extremadura muchas más veces que su padre y se compenetró bastante más con sus vecinos, artistas y personajes. Véanse sí no las secuencias, —supuestas o verdaderas—, de Luis de Morales o del Alcalde de Zalamea ante este controvertido monarca; sus entrevistas en Guadalupe con el rey Sebastián de Portugal y otros pasajes de las crónicas de Extremadura en las que aparece Felipe II mucho más que Carlos V.

De todas maneras, por segunda vez, la Revista «ALCANTARA» se enfrenta a la estela vital e histórica dejada por el Cesar. La primera fue en 1958, con motivo del Centenario de su muerte, dedicándole un número especial en el que colaborarían las plumas más prestigiadas de la intelectualidad cacereña de entonces.

Hoy nos situamos en la fecha de su nacimiento, —en el lejano 1500 de nuestra Era—, para volver a reinterpretar su significado en la historia de la cristiandad europea, en la historia de nuestra nación hispana y en la de nuestra Comunidad Autónoma Extremeña, sí es que lo tuvo.

Por diversas circunstancias, que no creo necesario enumerar, Carlos V fue un monarca universal que reunió en el espectro de su realeza una verdadera sociedad de naciones, diversa y dispar en razas, costumbres, lenguas, culturas, religiones y formas de vida, y ello le hace ya acreedor de nuestra atención.

Otras circunstancias le hicieron objeto de las miradas complacidas o críticas de toda la Cristiandad, poco antes de su rompimiento; y, finalmente, otras muy personales le hicieron comportarse de una determinada forma como hombre, como padre, como esposo o como consejero de los demás, especialmente de su hijo y heredero; es decir, de su dimensión más humana como individuo.

Aquí hemos preferido esta última dimensión, la más alejada de aquella «inquietud postrimera» de la que tanto escribiera Domingo Sánchez Loro, a quien también queremos evocar en estas páginas a fuer de merecido y no florecido homenaje.

Carlos V en sus aspectos o en sus caras más humanas y terrenales; sin los elogios y aureolas de la grandeza. El Carlos de Gante que quiso ser, al final, Carlos de Yuste.

MARCELINO CARDALLIAGUET
Director

ARTÍCULOS Y ESTUDIOS

